

có para protegerse, para iluminarse interiormente con el resplandor del amor. En esta nueva sociedad en que la técnica y la doctrina se alejan de todo sentimiento, no debe considerarse todo aquello que idealizó el destino humano. No se debe creer en los sentimientos como propulsores de progreso de esta nueva sociedad. La doctrina y la técnica de un estado social debe primar por encima de cualquiera otra consideración.) Y no se toma para nada en cuenta que el hombre no tiene culpa de haber nacido en los más distintos rincones de la tierra y de ser de tal o cual raza.

En este cuadro de desesperación, de locura, de increíble brutalidad está el signo más claro y elocuente de lo que puede ser el hombre como engranaje de una máquina monstruosa, sin alma y sin luz que a lo lejos le señale el camino de su propio destino.—LUIS DURAND.



«PUERTO LIMÓN», novela de Joaquín Gutiérrez.—Nacimiento. Santiago, 1950

Novelas como esta de Joaquín Gutiérrez, van mostrando la entraña de América. Lo que este continente tiene de mayor relieve en su autóctona expresión. Es un relato fluyente en que el estilo viborea entre luces y sombras, mostrando al hombre y al paisaje en el cual se mueve. Gutiérrez humedece el recuerdo de su nostalgia viva y se va por los evocadores caminos de la tierra en donde nació, contándonos su drama y su emoción. Relampagueante a ratos, como si fueran visiones de un mundo afebrado, el lector se encuentra con el trópico y siente el calor

húmedo y enervante de la proximidad de la selva. El aroma dulzón de los plátanos y de las mieles frutales. Camina por el lodazal y presiente todo lo que encierra ese mundo vegetal en donde el hombre también paga su tributo de esclavitud y de angustia, acaso de sorda desesperación.

Gutiérrez ha escrito un relato vitalizado por su ansia creadora, por su juventud estallante, por su brío de hombre que anhela dejar un signo poderoso en esta literatura de América, en la cual se alza como un grito el recio sacudón de las espaldas curvadas sobre la tierra en donde se suda dolor y sangre para que sean unos pocos los que tengan la sensación de que la vida es hermosa, y muchos la soledad trágica de una miseria despiadada, de un dolor que no da tregua, de una tristeza oscura que se va metiendo corazón adentro como lancinante aguijón que se hunde y se hunde en la carne sufriente, sin que jamás amanezca el día radioso en que el hombre del pueblo se enderece para ensanchar el pecho y entonar un canto de triunfo.

Joaquín Gutiérrez no trata de dar la sensación típica y pintoresca de lo que es su tierra. Intenta, sí, dar la idea rotunda y fuerte de que allí, como en todos los rincones de América, sigue imponiéndose un estado de cosas en que prevalece la injusticia social. Como hombre de buen gusto, como artista puro, no se dedica a hacer sermones ni diatribas en contra de aquello que hiere su sensibilidad de hombre y de artista. Cuenta hechos, refiere acontecimientos que se ajustan a la realidad y desde allí brota como un soplo trágico, como una vaharada caliente de emanaciones de la selva y del sudor de los trabajadores oprimidos, todo lo que hay de miserable en la condición

humana, cuando el egoísmo hace pensar a unos pocos que la tierra da sus frutos y sus metales sólo para una clase privilegiada.

Como Jorge Amado, como Linz Do Rego, como Icaza y Gil Gilbert y veinte novelistas terrígenos, en esta novela sentimos el pulso acelerado del hombre de América que trabaja en los yerbazales, en las caucheras y cacaotales, entregando su destino en una especie de fatalidad que jamás llega a la rebeldía. Es la esclavitud moderna que impone su fría crueldad para avasallar a los hombres que no tienen otra defensa que la de sus puños y la de sus músculos, que entregan su energía y vitalidad sin que haya para ellos una esperanza, ni un rayo de luz redentora que ilumine su corazón en sombras.

En las páginas del libro de Gutiérrez encontramos la pintura viva y colorida de lo que es la vida y el destino del hombre de Costa Rica, o sea el común denominador que impone el capitalismo internacional, para quien estos países de América no pasan de ser pertenencias agrícolas y mineras de las cuales extraen la totalidad de la riqueza dejando las hilachas, que apenas permiten una existencia paupérrima a los verdaderos poseedores de ellas. Ya Carlos Luis Fallas, en su novela «Mamita Yunai», describió esta misma realidad en un lenguaje acaso más pobre y balbuciente, pero insuflado de patetismo en su dramatismo persistente y amargo.

Silvano, el sobrino de don Héctor Rojas, dueño de una gran plantación es, en cierto modo, el héroe de esta novela. Es mozo desmañado, al cual no le interesa la actividad agrícola. Pero el tío se lo lleva hasta la finca. Y allí el muchacho conoce lo que es la existencia de los trabajadores, de esos tipos anémicos

por el paludismo y por su miseria fisiológica. Allí está Diana, su prima, una linda muchacha criolla con la cual enhebra un vago romance, que lo lleva y lo trae como en una especie de lejano ensueño. Algo de eso que se refleja en esa canción triste que canta Azucena, la negra que no sabe que está enferma de lepra y a la cual se abandona con horror, pero sin esa huella de piedad y afecto que pudieron dejar sus dilatados servicios.

El libro está lleno de hallazgos expresivos. A ratos el estilo adquiere la fulgurante entonación de una sinfonía por la cual pasa todo el desfile de acontecimientos en que se mezcla la naturaleza con sus tormentas y cálidas emanaciones, y la vida del hombre que esconde su drama como una desesperada rebelión interna. «Puerto Limón» está en las páginas del libro con su hervor tropical, con su denso aroma, con su miseria caliente de lluvias y de soles ardientes. Humedad y sol. Espesos aromas que producen una embriaguez laxa y enervante, como un sueño de pesadilla.

Gutiérrez, en su estilo exornado de imágenes, tenso y vibrante como la cuerda de un instrumento, da todos los sonos de la sinfonía, a ratos creciente y luego en un declinante murmullo en que el hombre, las bestias y el paisaje se van destacando y nos van penetrando como si estuvieran todas a merced de ese torbellino en que la naturaleza impone su fuerza avasalladora. Hay algo de frenesí, de locura en algunos períodos de alucinante realidad. Y luego se cae en el marasmo de la realidad penosa, en que el hombre es como un ser inerte que no se levanta ni se yergue. Gutiérrez, en su novela, nos deja metido adentro el paisaje, el hombre y la angustia de

Centroamérica, como una taladrante sensación en que se confunden la pesadilla y la realidad. Y por encima está el sueño del artista que deja en medio de todo un relámpago de poesía y de belleza.—LUIS DURAND.



Los «CUENTOS DE VIENTO Y AGUA» de *Juan Marín*.
Bangalore, India. Octubre 1950.

Yo veo en ellos la vida en lo que tiene de bruto y cruel, de pasiones en su paroxismo y en su fatalidad y también en su ruda ternura cuando corre por el filo de la navaja en que lo real y lo irreal apenas se deslindan, a veces en un sueño de neblina en que la implacable realidad rompe la nube negra y tormentosa con un destello de luz, que se hace más evidente por la violencia del contraste.

Todo dicho con la precisión del hombre de ciencia, filósofo y poeta a la vez, que lo mismo disecciona el alma que el cuerpo humano, en el estilo «puño»—como denominaba Ricardo Guiraldes al suyo propio—el que da la emoción desnuda, sin rulos, y muestra la vida tal como es.

Más que todos me impresionan los cuentos que suceden en nuestra América, tan nueva para nuestra ignorancia y tan vieja en su realidad, América en que razas y civilizaciones culminaron y murieron con un estoicismo que corresponde más al secreto Oriente que al Occidente usurpador.

Esa América desnudada de sus auténticas poblaciones por la rapaz codicia de la raza pálida que la subyugó, dejándola vacía de sus hombres y de sus pasadas glorias, como queda la tierra después de los